

El antimperialismo constructivo del APRA

Alva-Castro, Luis

Luis Alva Castro: Secretario general del Partido Aprista Peruano. Segundo Vice-presidente de la República del Perú. Diputado. Es abogado.

Para los apristas, basados en el pensamiento de Haya de la Torre, la construcción de un nuevo Estado es condición indispensable para la edificación de una nueva economía, al servicio de las mayorías nacionales. Se trata de un proceso complejo, cuyo eje es la creación de un Estado antimperialista que sólo puede consolidarse definitivamente a nivel continental. La mera construcción de Estados antimperialistas en cada Estado latinoamericano sería ciertamente insuficiente. La unión de tales Estados es fundamental para la afirmación del carácter antimperialista de cada uno de ellos. La opresión nacional que hoy ejerce el imperialismo se da esencialmente a través de la deuda externa. Frente a ello, la única alternativa inmediata para nuestros países es la reducción de los pagos, para evitar el colapso de nuestras economías. Y luego, puntos de vista y acciones comunes, en busca de nuestra unidad, nuestra aproximación, subregional primero, y continental después.

En el artículo titulado «¿Qué es el APRA?», incluido posteriormente como primer capítulo de El antimperialismo y el APRA, Haya de la Torre sostenía que «el APRA es un movimiento autónomo latinoamericano, sin ninguna intervención o influencia extranjera. Es el resultado de un espontáneo anhelo de nuestros pueblos para defender unidos su libertad, venciendo a los enemigos de dentro y a los de fuera»¹.

En efecto, desde su creación, la principal característica del movimiento aprista ha sido su autonomía intelectual y su independencia en la acción; esta última a nivel latinoamericano, dado que pretende ser expresión de la realidad continental.

¹Haya de la Torre: «El antimperialismo y el APRA» en Obras completas, T. 4, p. 81. Lima, 1976.

La autonomía del movimiento aprista ha sido sinónimo de independencia de criterio para interpretar la realidad, formular un programa y proyectar una acción política. Hemos rechazado la aplicación mecánica de un supuesto programa de la revolución mundial, de factura eminentemente europea, y la subordinación a una dirección internacional única.

Esta exigencia de autonomía era particularmente importante en la época auroral del aprismo. No podemos olvidar que el triunfo de la revolución rusa había impactado a todos los revolucionarios del mundo. Tampoco podemos olvidar que la III Internacional proyectaba su acción en América Latina y en otros continentes. Era el momento del internacionalismo, esto es, la hora de la participación activa en un movimiento de carácter mundial.

Reclamar autonomía y afirmar independencia, constituía un extraordinario reto para la época. En verdad, el movimiento aprista planteó un doble desafío: uno a fuerzas retardatarias que impedían el progreso y que eran tributarias del imperialismo; otro a fuerzas que también aspiraban al cambio, pero como avanzada de un movimiento revolucionario mundial a cuyas órdenes se colocaban.

En polémica con quienes pretendían que aceptara conceptos y esquemas de interpretación ajenos a la realidad histórica de América Latina, Haya de la Torre afirmaba en 1928 que «lo que hace falta es comprender el hecho histórico, adentrarse en la experiencia»². Después de la Segunda Guerra Mundial, cuajado ya el movimiento aprista, diría que debíamos «pensar en nacional»; o, si se prefiere, «pensar en americano». Y es que para el fundador del aprismo debemos pensar en «nuestros propios problemas tales como ellos son»; debemos comprender «que son distintos de los de Europa y de los de Asia», sólo así «descubriremos la verdadera conciencia de América»³.

Vale la pena recordar que Haya le otorga incluso un papel revolucionario a la investigación, puesto que considera que «para el aprismo, la realidad económica y social de Indoamérica es el punto de partida de su acción política». Por lo que «descubrir esa realidad ha sido y es su primera misión revolucionaria»⁴.

La diferencia con los movimientos europeos era radical. En América Latina, el programa revolucionario no podía ser un programa clasista. El programa revolucionario aprista debía ser pluriclasista por mandato de la realidad. Debía ser, por tanto,

²Ibidem, T. 4, p. 113.

³Haya de la Torre: «Treinta años del aprismo», en Obras completas, T. 6, p. 359.

⁴«El antimperialismo y el APRA», op. cit., T. 4, p. 195.

un programa que reflejara los intereses de las clases explotadas por el imperialismo, poniendo de manifiesto los problemas comunes de las clases medias, los obreros y los campesinos.

Consecuentemente, el partido aprista - la expresión nacional del movimiento - no sería el partido exclusivo de una clase. Ni del proletariado, como pretendían los partidos comunistas; ni de las clases medias, a pesar de su importancia en América Latina. El partido aprista sería entonces el representante de las tres clases que conforman la mayoría nacional. Sería el frente único de las clases oprimidas por el imperialismo. Sería el partido cuya acción debía estar eminentemente orientada a resolver los problemas de la nación.

En este sentido, es indudable que la acción política del aprismo tenía que ser antiimperialista y liberadora, en el sentido de afirmar a la nación y proyectarla a nivel latinoamericano, su escenario natural.

El imperialismo y América Latina

El movimiento aprista surgió cien años después que América Latina se liberara del yugo español. Y lo hizo para luchar por alcanzar la segunda y definitiva independencia del continente. Pero también para señalarle el rumbo que no había encontrado; para indicarle el camino que estaba buscando.

En efecto, las antiguas colonias de España y Portugal habían perdido identidad en contraste con la afirmación nacional y el desarrollo de la América del Norte. Esta última se había convertido en la primera potencia mundial en el mismo período, alterando completamente las relaciones de fuerzas existentes en el continente americano a principios del siglo XIX.

Recordemos que al momento de su independencia, las trece colonias de América del Norte ocupaban un territorio más reducido que el del Virreynato de México. Además, su población era inferior a la de este último Virreynato, con el cual todavía no tenía fronteras.

La independencia de las trece colonias y la constitución de los Estados Unidos, abren la posibilidad de expandir el territorio original, la cual estuvo limitada exclusivamente por la voluntad de Inglaterra. Los recién formados EEUU, cuya población a inicios del siglo XIX no superaba los 4 millones de habitantes, se convierten en una nación con una frontera en expansión y con una población creciente.

Desde el reconocimiento de la independencia de los EEUU, en 1783, las fronteras originales comenzaron a moverse hacia el oeste. Así, Inglaterra cedió los territorios situados entre las fronteras de las colonias y el Mississipi. Esto es, el equivalente de la superficie original de las trece colonias. Sólo veinte años después, en 1803, Francia le vendió la Louisiana a los Estados Unidos. Esta comprendía un territorio semejante al de los EEUU de aquel entonces. En 1819, la Florida fue ocupada por la joven nación nortea, aprovechando el colapso español en América.

Durante la primera mitad del siglo XIX, los Estados Unidos crecieron a expensas de México, cuyo territorio fue invadido en sucesivas oportunidades y con diferentes pretextos. En términos físicos, la nación azteca perdió una superficie comparable al territorio que logró conservar, esto es, cerca de 2,5 millones de kilómetros cuadrados. En este siglo turbulento, California, puerta del Pacífico, y Texas, base de proyección en el Caribe, fueron arrebatadas a México. También los territorios de los actuales Estados de Nuevo México, Colorado y Utah.

Luego de la anexión de estos territorios, las incursiones norteamericanas en el área que conservó México fueron constantes a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Todos los pretextos fueron válidos para invadir México, siendo los más socorridos la persecución a los indios y la inestabilidad política del país.

Las invasiones norteamericanas en México se hicieron sentir con particular fuerza en el curso de la revolución que se inicia en 1910. Sólo que esta vez la tarea fue más difícil para las fuerzas expedicionarias del país del norte. Pancho Villa, como lo recordó Haya de la Torre en 1925, puso en fuga al generalísimo Pershing⁵.

México fue, de lejos, la principal víctima del imperialismo yanqui, el cual, todavía en la década de los 20, no había cesado de ejercer presión sobre su territorio. Además, este impulso expansionista había comenzado ya a alcanzar otros territorios, siendo Centroamérica y el Caribe las regiones más afectadas. La guerra contra España, en 1898, había puesto en manos de los Estados Unidos, a Cuba y Puerto Rico, así como también a Filipinas.

En los primeros años del siglo XX, tuvieron lugar algunas incursiones norteamericanas en América Central:

⁵Haya de la Torre: «Por la emancipación de América Latina», en Obras Completas, T. 1, p. 29.

«En 1902, Cuba es obligada a firmar la enmienda Platt; en 1903, se apoderan de Panamá; en 1905, los marines desembarcan en Haití; en 1905 ocupan Santo Domingo - en 1907, los delegados de cinco repúblicas centroamericanas firman ocho convenios en Washington, en cuyas cláusulas las cinco pierden su soberanía»⁶.

Pero, los Estados Unidos continuaron enviando fuerzas expedicionarias a América Central durante las primeras décadas del presente siglo. Haya de la Torre saludó en Nicaragua la heroica resistencia de Sandino, en cuyas filas quiso enrolarse con otros latinoamericanos.

«Sandino es la figura más gloriosa que ha dado Nicaragua desde aquellos indios rebeldes de la Conquista española... Nicaragua necesita muchos Sandinos y de su gloria. El mejor propagandista por la unidad latinoamericana ha sido Sandino desde la cima de sus montañas... A las órdenes de Sandino pelean mozos de todos los países, casi de los veinte que forman nuestra nación»⁷.

Por todo esto, Haya de la Torre se preocupó seriamente por la propensión imperialista de los Estados Unidos; por su tendencia a incursionar en México y el Caribe; por su afán de expansión territorial prácticamente irrefrenable; por su deseo de controlar la vida de los pueblos de América Latina. Pero también por la nueva tendencia imperialista; aquella que correspondía a su fuerza económica; aquella que los impulsaba a controlar los Estados en estrecha alianza con las oligarquías locales. De allí la referencia al imperialismo yanqui en el programa máximo del aprismo; aunque el rechazo incluía por igual a los demás imperialismos, como lo precisó tantas veces.

El antimperialismo aprista

El APRA surgió, pues, para luchar contra el imperialismo en todas sus formas. Por tanto, se opuso resueltamente a las agresiones militares norteamericanas en América Latina, como también al afán de los EEUU por controlar la riqueza y la vida de nuestros pueblos.

Observador acucioso de la realidad continental, el fundador del aprismo constató que «el imperialismo, como fenómeno económico, afecta a nuestra riqueza, la captura, la domina, la monopoliza. Subyuga en torno a ella a nuestros pueblos como naciones y a nuestros trabajadores como clases explotadas»⁸.

⁶García Cantú, Gastón: Las invasiones norteamericanas en México, p. 230.[

⁷Haya de la Torre «¿A dónde va Indomérica?» en Obras Completas, T. 2, p. 11.

⁸«El antimperialismo y el APRA», op. cit. T. 4, p. 109.

«El imperialismo implica la explotación general de nuestros países, no sólo en sus clases obreras y campesinas, sino también en sus clases medias. Afecta la producción agrícola e industrial por la explotación directa de la empresa extranjera; por las contribuciones e impuestos cada vez más elevados a fin de pagar los intereses de los empréstitos; por las altas tarifas de los ferrocarriles hipotecados al extranjero; debilitado el comercio por las tarifas aduaneras - cada vez más altas a fin de servir de garantía a los empréstitos para equilibrar las rentas del erario nacional, debilitados por las obligaciones de la deuda pública -, la economía nacional de nuestros países se desquicia sin remedio»⁹.

Ahora bien, «la clase que primero sufre con el empuje del imperialismo capitalista en nuestros países, no es la incipiente clase obrera, ni la clase campesina pobre o indígena. El obrero de pequeña industria y el artesano independiente, al ser captados por una nueva forma de producción con grandes capitales, reciben un salario seguro y más alto, devienen temporalmente mejorados, se incorporan con cierta ventaja a la categoría de proletariado industrial. Venden su trabajo en condiciones más provechosas. Así ocurre también con el campesino pobre, con el peón y con el sirvo indígena. Al proletarizarse dentro de una gran empresa manufacturera, minera o agrícola, disfrutan casi siempre de un bienestar temporal. Cambian su miserable salario de centavos o de especies, por uno más elevado, que paga el amo extranjero, siempre más poderoso y rico que el amo nacional... El proletariado industrial... es, pues, una clase nueva, joven, débil... cuya conciencia colectiva sólo aparece... más tarde...»¹⁰.

Posteriormente, en su discurso - programa de 1931, pronunciado en la Plaza de Toros de Lima, Haya de la Torre se expresa de manera semejante, destacando las limitaciones de obreros y campesinos para conducir la lucha contra el imperialismo y, naturalmente, las limitaciones de unos y otros para manejar por sí solos los destinos de la nación.

«Nosotros no somos un pueblo industrial, dice Haya de la Torre; consiguientemente, la clase proletaria del naciente industrialismo es joven... Las clases sociales van formando su conciencia, se van definiendo, y aunque sufren y aspiran, carecen, cuando son muy jóvenes, de la capacidad suficiente para interpretar el sentimiento nacional y conducir por sí solos los destinos de la colectividad... Tal es nuestro panorama social: industrialismo incipiente y, en consecuencia, clase proletaria industrial incipiente también»¹¹.

⁹Ibidem T. 4 p. 177.

¹⁰Ibidem T. 4 p 100.

¹¹ Haya de la Torre: «Política aprista», en Obras Completas, T. 5, pp. 61-62.

Para Haya de la Torre, «la agricultura no ha sido organizada ni lo está porque fue controlada por un Estado de tipo feudal, primitivo... La agricultura no ha creado desde un punto de vista nacional, un sistema propio... Con una organización económica completamente primitiva, sin garantía alguna, con una agricultura así, no ha sido posible crear una clase campesina culta, y aunque ella es numéricamente la mayoría de la clase trabajadora nacional..., no está capacitada todavía para dominar por sí misma a la colectividad y conducir al gobierno del Estado»¹².

Las clases medias

«Aparece entonces otra clase - dice Haya de la Torre -. La clase que nosotros llamamos genéricamente clase media... Esa clase constituye quizás la mayoría del país. A esa clase pertenece el aspecto nacional de nuestra economía... Esta clase se haya en el orden económico frente al otro aspecto de nuestra economía: el vinculado a los intereses extranjeros...»¹³.

Por consiguiente, la lucha contra el imperialismo, no puede ser una tarea exclusiva de obreros y campesinos; es una tarea que incorpora a todos quienes sufren opresión y explotación por el imperialismo; en particular a las clases medias que sufren especialmente esta opresión y están en condiciones de asumir un rol conductor.

En efecto, Haya de la Torre afirma que «el imperialismo sojuzga o destruye económicamente a las clases medias de los países retrasados que penetra. El pequeño capitalista, el pequeño industrial, el pequeño propietario rural y urbano, el pequeño minero, el pequeño comerciante, el intelectual, el empleado, etc., forman la clase media cuyos intereses ataca el imperialismo».

Por ello, «las clases medias en nuestros países, a medida que el imperialismo avanza, ven más restringidos los límites de su posible progreso económico. Son clases súbditas cuyas expectativas de transformación en clases dominantes se detienen ante la barrera imperialista, que ya es por sí misma la expresión de una clase dominante que no tolera rivales»¹⁴.

En este sentido, es indudable que la lucha contra el imperialismo incorpora a las denominadas clases medias; en realidad, a pequeños capitalistas e intelectuales. Estas clases, por su particular ubicación en nuestros países, juegan un rol de vanguardia en la lucha contra el imperialismo.

¹² Ibidem, T. 5, p. 63.

¹³ Ibidem, T. 5, p. 64.

¹⁴ «El antimperialismo y el Apra», op. cit., T. 4., p. 102.

Cabe señalar que los partidos comunistas consideraban que las clases medias eran más bien presas fáciles del imperialismo. Por ello no les interesó atraerlas, a pesar que el aprismo demostró su valor y su antimperialismo. Y es que la transposición mecánica de los esquemas europeos los hizo pensar en su inclinación ante el fascismo.

Se ha dicho que Haya de la Torre constató el significado real de la opresión imperialista en su Trujillo natal. Y que lo constató al observar la liquidación de pequeños y medianos propietarios de tierra que sucumbieron ante el empuje del capital imperialista. Más aún, que lo constató al apreciar cómo Trujillo languidecía ante la emergencia de las grandes haciendas que caen en poder extranjero. Sobre todo porque estas haciendas tendían a ser autosuficientes, limitando al mínimo sus relaciones con la ciudad.

Esto es absolutamente cierto. Pero lo importante es que este fenómeno se repite en diversos países de la región, donde productores relativamente modernos son desplazados por empresas imperialistas.

Ahora bien, el Frente Unico de clases explotadas por el imperialismo, sólo excluye a las oligarquías criollas que comparten con el imperialismo el control del Estado, haciendo de éste un instrumento de su dominación. Es, pues, un Frente de clases que incorpora efectivamente a las mayorías nacionales que, por lo demás, son las que tienen interés en construir un nuevo poder y un nuevo Estado.

De allí que afirme «que no vamos a obtener victoria posible sobre el imperialismo sin capturar el poder político, hoy instrumento de opresión, convertible por el APRA en arma de liberación. En esta acción política de derrocamiento de las clases u oligarquías, que son agentes y cómplices del imperialismo en nuestros países, necesitamos imperativamente la acción del Frente Unico»¹⁵.

El Estado antimperialista

«El peligro mayor para nuestros pueblos es el imperialismo sostiene Haya de la Torre -. El amenaza no sólo como fuerza explotadora, sino como fuerza conquistadora. Hay, pues, en el fenómeno imperialista, con el hecho económico de toda explotación, el hecho político de una opresión nacional. Además, la penetración del imperialismo... plantea una violenta yuxtaposición de sistemas económicos. El imperialismo no consulta en qué estado de evolución, en qué grado de desarrollo se ha-

¹⁵Ibidem, T. 4, p. 107.

lla un pueblo... El imperialismo invade, inyecta nuestros pobres organismos, sin temor de paralizarlos en grandes sectores».

«Sostenemos, pues, que la actual tarea histórica de estos pueblos es la lucha contra el imperialismo»¹⁶.

Consecuentemente, «el APRA coloca el problema imperialista en su verdadero terreno político. Plantea como primordial la lucha por la soberanía nacional en peligro. Da a este postulado un contenido integral y nuevo. Y señala, como primer paso en el camino de nuestra defensa antimperialista, la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran nación latinoamericana».

«Y al llegar al poder», las tres clases integrantes del Frente Unico Antimperialista, «tendrían que intervenir en la obra grandiosa que señala el tercer lema del APRA: la nacionalización progresiva de la tierra y de la industria, vale decir, la desfeudalización del campo y la liberación del campesino... y la organización del nuevo sistema económico estatal de base cooperativa que controle las industrias, destruya los monopolios imperialistas y asegure el dominio nacional de la riqueza»¹⁷.

Un nuevo Estado

Ahora bien, la construcción de un nuevo Estado será la condición indispensable para la edificación de una nueva economía. Aunque es obvio que el desarrollo de esta nueva economía supone la transformación simultánea del Estado. Este es un proceso complejo cuyo eje es la creación de un Estado antimperialista que sólo puede consolidarse definitivamente a nivel continental.

«El Estado antimperialista debe ser, ante todo, Estado de defensa». Un Estado que establezca «un nuevo sistema de economía, científicamente planeada y un nuevo mecanismo estatal...». Así, «el Estado antimperialista desarrollará el capitalismo de Estado como sistema de transición hacia una nueva organización social... en beneficio de las clases productoras, a las que irá capacitando gradualmente para el propio dominio y usufructo de la riqueza que producen»¹⁸.

¹⁶ Ibidem, T. 4, p. 151.

¹⁷ Ibidem, T. 4, pp. 153-154.

¹⁸ Ibidem, T. 4, p. 170.

Ahora bien, la constitución del nuevo Estado y del nuevo mecanismo económico, tiene por fin «la liberación económica de los pueblos imperializados, porque el yugo que hoy pesa sobre ellos es traba para su desarrollo».

Esto último significa que todas las acciones deben orientarse al logro de este objetivo y facilitararlo efectivamente; en caso contrario, pierde sentido.

De allí que Haya de la Torre afirme que «esta liberación debe estar siempre condicionada por el propósito realista de lograr el mejor desarrollo y el más rápido progreso de los pueblos liberados. Si éste no fuera el objetivo inminente de la lucha antimperialista, caeríamos en un nacionalismo ciego y negativo, racista y retrasado. Y el antimperialismo es ante todo un gran impulso constructivo»¹⁹.

Consecuentemente, de lo que se trata es de eliminar los obstáculos para el desarrollo, de abrir efectivamente posibilidades para la construcción de una economía nueva. Por ello el aprismo es antimperialista; no por estúpida xenofobia.

Algo más. El fundador del aprismo era perfectamente consciente de los límites de la acción antimperialista; de las dificultades de los procesos revolucionarios. Por ello decía que «México ha hecho lo que su realidad le ha permitido hacer». Y su realidad no solo fue sinónimo de espontaneidad y voluntarismo campesino. También fue sinónimo de soledad, lejanía, distancia de la nación latinoamericana, de la que es parte. De allí que «México, en su lucha económica por su independencia, fue hasta donde pudo ir sólo. Ningún país aislado de Indoamérica podría haber ido más lejos»²⁰.

Ahora bien, en el proceso de construcción de una nueva economía y de las instituciones políticas que le den sustento, es esencial contar con el capital extranjero. Sólo lo rechazamos porque maneja al Estado como instrumento de opresión de las mayorías nacionales. Pero al mismo tiempo estamos obligados a convocarlo para que participe, en otras condiciones, en el proceso de desarrollo de la economía nacional.

Por su lado, las oligarquías locales, los latifundistas, deben ser efectivamente abatidos y aislados. Porque no es posible transformar la economía «sin la transformación efectiva del sistema feudal de producción».

¹⁹Ibidem, T. 4, p. 183.

²⁰Ibidem, T. 4, pp. 117-118.

Más aún, «no es posible, separar la lucha contra el imperialismo extranjero de la lucha contra el feudalismo nacional en Indoamérica - dice Haya de la Torre -, porque no se podrá combatir al imperialismo sin estructurar una nueva organización de la economía nacional a base del Estado. Y no se podrá ni controlar el Estado, ni revolucionar la economía nacional, sin la transformación efectiva del sistema feudal de producción, cuya clase dominante controla el Estado, directa o indirectamente, con el apoyo del imperialismo. Por eso, el contenido social de la lucha en Indoamérica es antifeudal»²¹.

Y es que la hegemonía terrateniente no fue afectada por la independencia de España. Por el contrario, el terrateniente quedó fortalecido, puesto que la feudalidad andina se afianzó.

Del aislamiento a la unidad

Vale la pena recordar que la economía colonial estuvo organizada para extraer una parte significativa de la riqueza generada en el territorio peruano. En realidad, las actividades productivas se organizaron con el propósito de exportar a España el excedente generado en el país. Puede decirse que la producción de metales preciosos fue el eje sobre el que se articuló la economía colonial. Tanto es así que esta producción fue subsidiada directa o indirectamente por el resto de la economía, esto es, por la agricultura.

Rota esta articulación, la hacienda tendió a cerrarse sobre sí misma, acentuando los rasgos feudales que la caracterizaban. Obviamente, esto sólo acentuaba el proceso de desarticulación de la economía nacional. Y la contradicción entre semejante organización económica y el régimen político adoptado. Siendo la inestabilidad permanente del Estado el resultante de dicha contradicción.

De hecho, el imperio de la gran propiedad terrateniente ha marcado la historia del país desde la Colonia. La Independencia no modificó las cosas en este campo. La concentración de la propiedad fue característica de la vida republicana, y factor decisivo en la marginación de la mayoría de la población. Marginación que dio lugar a la existencia del llamado problema del indio.

Como lo dijo alguna vez Haya de la Torre, la Conquista fue negativa para las civilizaciones desarrolladas de América Latina. Tal vez hubiese sido mejor absorber la civilización occidental, a la manera de los japoneses, preservando su cultura. La

²¹Ibidem, T. 4, p. 215.

ruptura de la continuidad histórica y la superposición de elementos de la feudalidad, no han dado origen a algo nuevo y distinto. Menos aún a condiciones económicas, sociales y políticas que permitieran el progreso continuo de la nación, como en el caso de los Estados Unidos.

Para Haya de la Torre, «el aislamiento, caro al terrateniente, única clase triunfante de la Revolución de la Independencia, determina - además - la división y subdivisión de los antiguos virreynatos españoles en muchas repúblicas»²².

Igualmente, recuerda que «la Independencia... erige los nuevos Estados sobre la base de los virreynatos, capitanías y audiencias...»²³.

Por consiguiente, afirma que el fin del feudalismo permitirá también hacer viable la unión de América Latina.

Es importante señalar, en este sentido, que la construcción de Estados antimperialistas en cada Estado latinoamericano sería ciertamente insuficiente. La unión de tales Estados es fundamental para la afirmación del carácter antimperialista de cada uno de ellos. Porque sólo unidos podemos defender un espacio propio y equilibrar nuestras relaciones con los Estados Unidos.

La lucha del aprismo por proyectar un movimiento popular a nivel latinoamericano ha tenido un éxito significativo. En particular, por la difusión de principios que han sido recogidos por los movimientos populares de diferentes partes del continente. Y porque estos movimientos, ligados o no entre sí, han influido decididamente en la marcha de la región. Porque es fundamental recordar en todo momento que nuestro antimperialismo es constructivo. Que buscamos plasmar nuestras ideas en la realidad, aun cuando éste sea un largo y desigual proceso.

La constitución de un Estado antimperialista propiamente tal, no ha sido posible puesto que éste sólo adquiriría significación y valor a nivel latinoamericana. En este sentido, es indudable que el principal reto que enfrentamos sigue siendo la unidad de América Latina, la integración de los diferentes Estados de la región.

Vale la pena recordar que «el aprismo sostiene que sin unión política y económica de Indoamérica, el antimperialismo constructivo sólo resulta temporal, incompleto, al fin de cuentas inoperante».

²²Ibidem, T. 4, p. 197.

²³Ibidem, T. 4, p. 204.

Más aún, «el aprismo ha expresado repetidas veces su desconfianza hacia aquellos programas 'aislacionistas' de llamada 'emancipación económica', intentados en algunas de nuestras repúblicas y, necesariamente, llamados a congelarse y fracasar»

²⁴.

Esto quiere decir que el Estado antimperialista tendría una serie de dificultades para consolidarse efectivamente en un solo país del continente. Para afirmarse, éste requeriría la concurrencia de otros Estados en la gran Federación Antimperialista de América Latina.

Sin unión no hay éxito duradero, porque nuestros Estados no resisten la presión dislocante del imperialismo. Presión, bueno es recordarlo, que no sólo se ejerce en el terreno político, sino también en el campo económico.

La realidad contemporánea

Ahora bien, muchos cambios han ocurrido en el último medio siglo. La acción del imperialismo no es idéntica a la que desarrolló en el pasado. El latifundio ha cedido terreno en la mayor parte de los países de América Latina. Las clases medias se han ampliado considerablemente. Y de ellas ha salido parte de los nuevos empresarios nacionales.

Los enclaves, elementos característicos de la dominación imperialista, han desaparecido casi por completo. Y la inversión en recursos naturales no tiene la misma significación - en términos relativos - que hace algunas décadas. De hecho, la inversión extranjera se concentra en la industria fabril. Aun cuando en los últimos años hay una tendencia a invertir en la producción de materias primas.

Ahora bien, la opresión nacional que hoy ejerce el imperialismo se da esencialmente a través de la deuda externa, a pesar de que siguen presentes las modalidades tradicionales.

En efecto, la carga de la deuda no afecta sólo a una clase. Afecta a todas las clases, esto es a la nación en su conjunto. Y es que el drenaje de recursos que ésta propicia golpea a todos. Ciertamente a unos más que a otros; tal es el caso de los asalariados, principales víctimas de los procesos de ajuste. Pero también golpea a los empresarios nacionales, cuyas posibilidades de desarrollo se restringen extraordinariamente.

²⁴«Treinta años de aprismo», op. cit., T. 6, p. 337.

Precisamente, la transferencia neta de recursos es el problema que enfrentan ahora los países latinoamericanos.

El balance entre los ingresos netos de capital y los pagos por concepto de intereses y utilidades, ha sido negativo en la mayor parte de la presente década.

En los 70, este balance fue positivo en razón del aumento continuo del ingreso de capitales. También a causa de la existencia de bajas tasas de interés.

América Latina recibió dinero para comprar los excedentes de los países industrializados a fin de amenguar la crisis de sobreproducción de estos países. El Tercer Mundo en su conjunto pudo absorber, así, algo más de 1/3 de las exportaciones de los países industrializados.

Lamentablemente, una fracción significativa del financiamiento recibido no fue destinada a importar maquinaria y equipo que ampliara la base productiva de nuestros países. Parte de estos recursos fueron utilizados para financiar los requerimientos de un aparato industrial absolutamente dependiente de las importaciones. Otra parte fue consagrada a cubrir requerimientos de bienes de consumo. Las exportaciones, aun cuando aumentaron, no lo hicieron a la misma velocidad que las importaciones. Y la economía tendió a vivir por encima de sus posibilidades reales.

Obviamente, este tipo de expansión económica no podía mantenerse indefinidamente. Para ello hubiera sido necesario que las tasas de interés fuesen permanentemente negativas. También que el flujo de crédito se sostuviera indefinidamente. Y que las utilidades de las empresas extranjeras se reinvirtiesen en la región, especialmente en nuevas actividades de exportación.

Condición esta última que no se condice con la dinámica de nuestra industria y de nuestro mercado. Porque la inversión extranjera, inclusive en la industria, no fue un factor de ampliación continua del mercado; lo fue de manera intermitente. Tampoco fue un factor de dinamización de las exportaciones de productos industriales, como ocurrió en el Sudeste Asiático. Así, el inversionista extranjero no buscó reinvertir sus utilidades, sino remitirlas a su matriz. Por lo que éstas fueron absorbiendo una proporción creciente de los ingresos netos generados por las exportaciones.

Por su parte, el nivel de las tasas de interés dependía de la evolución del mercado de capitales y de la política económica de los países industrializados. Precisamente, fueron los cambios ocurridos en la política monetaria en los Estados Unidos los

que determinaron una súbita elevación de las tasas de interés. De tal manera que la relación entre los intereses pagados al exterior y las exportaciones, subió en forma realmente dramática; se duplicó entre 1980 y 1982.

Proteccionismo y exacción

Si a esta evolución le agregamos la caída de los precios de nuestros productos de exportación, el cuadro se completa. Sobre todo si consideramos que la caída de los precios se explica por la disminución de la demanda y el proteccionismo de los países industrializados.

Recordemos sólo la magnitud de nuestras pérdidas a causa del proteccionismo agrícola de los Estados Unidos y Europa. Circunstancia paradójica en tanto y cuanto uno de los campos de nuestra especialización debió ser la agricultura. De hecho, la productividad de la ganadería en la pampa argentina, para referirnos a un caso evidente, no tiene igual en el mundo.

Haya de la Torre, al hablar de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina a partir del New Deal, sostenía que «la base de una sólida y armónica convivencia económica interamericana tiene que asentarse en una clara delimitación de los dos grande campos o zonas de la economía del Nuevo Mundo: el de los Estados Unidos del Norte, preponderantemente industrial y financiero, y el de los Estados indoamericanos, preponderantemente agrícolas, mineros y de materias primas. Ambas zonas se complementan y necesitan»²⁵.

Lamentablemente, hemos estado lejos de esta división del trabajo, necesaria para estimular la primera etapa del desarrollo productivo de América Latina. Y es que desde siempre los Estados Unidos fueron grandes productores y exportadores de alimentos, jugando un papel preponderante en el mercado de cereales y, a partir de la posguerra, en el mercado de oleaginosas. De allí que la única especialización agrícola posible en vista del intercambio comercial con el norte, fue la producción de alimentos provenientes de climas tropicales. Y aun así la producción de soya dominó el mercado de oleaginosas, la mayor parte de las cuales son de origen tropical. Por cierto, la especialización en la producción minera y petrolera estuvo presente, con las limitaciones conocidas. Recordemos que fue Venezuela el principal propulsor de la OPEP.

²⁵Haya de la Torre: «La defensa continental», en Obras Completas, T. 4, p. 336.

A partir de 1982, la transferencia de recursos por concepto de intereses y utilidades superó al ingreso neto de capitales. Esto se hizo más notorio a partir del momento en que cayó dramáticamente el ingreso neto de capitales. En 1983, fue absolutamente evidente la insolvencia de América Latina. La crisis de la deuda había estallado.

Semejante evolución de América Latina, puso en evidencia su vulnerabilidad extrema, a pesar de su industrialización o, tal vez, por el mismo tipo de industrialización que logró desarrollar.

Sesenta años antes al surgir el movimiento aprista, Haya de la Torre había sostenido que el imperialismo era la primera etapa del industrialismo en América Latina. Por lo que planteaba la necesidad imperiosa de recibir al capital extranjero, dado que no había otra forma de acceder al industrialismo y al progreso. Naturalmente, al recibir al capital extranjero, el Estado tenía que negociar las condiciones de su operación, entendiéndose que debían ser óptimas.

No obstante, Haya era consciente de los problemas que generaba el desarrollo de una «economía moderna» dependiente del exterior. Sobre todo para integrarse a lo que llamaba el lado nacional de la economía; aquel compuesto por pequeños propietarios y pequeños productores. En la práctica, los enclaves productores de materias primas, habían sido ajenos al resto de la economía nacional, vinculándose más con el exterior. A través de ellos podía observarse la presencia dominante del imperialismo, combatida obviamente por el aprismo.

El tipo de industrialización que tuvo lugar en América Latina no alteró esta situación, aunque la ubicó en un terreno distinto. La integración del lado moderno y del lado nacional de la economía, no llegó a producirse plenamente. La industria, inclusive en los países más avanzados de la región, depende esencialmente de los países industrializados, la invención y el desarrollo tecnológico no han sentado sus reales en nuestro continente, salvo algunas excepciones.

Ocurre que el Estado no ha conducido el proceso de absorción de los capitales extranjeros, ni reforzado el desarrollo del capital nacional. Nuestros Estados no fueron capaces de lograr el equilibrio entre uno y otro, como lo demandaba Haya de la Torre. Por lo demás, este tipo de equilibrio es indispensable para lograr un desarrollo armónico de las diferentes economías de la región. Tampoco han logrado integrarse, aspecto decisivo en la lucha antimperialista y condición indispensable para la reconstrucción económica del continente.

Hemos avanzado algo, pero todavía no hemos dado pasos decisivos.

El aspecto nacional

La desfeudalización del continente ha sido uno de los procesos desarrollados en los últimos 60 años; proceso desigual, pero, sobre todo, proceso que no ha culminado en una nueva forma organizativa. En realidad, puede decirse que el feudalismo ha sido permanentemente corroído por una serie de factores, pero no ha sido reemplazado por un nuevo sistema, como lo fue en Europa en los albores del industrialismo.

Es interesante notar que la emergencia del imperialismo norteamericano como la potencia dominante, ha contribuido al colapso de la vieja estructura agraria y a la desorganización de la producción agrícola y pecuaria. De hecho, la colocación a precios de dumping de los excedentes agrícolas norteamericanos, ha bloqueado el desarrollo de la producción agrícola en nuestros países, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, esto ha estimulado el estancamiento de la agricultura en algunos países del Tercer Mundo.

No hemos logrado organizar, pues, el desarrollo de la producción agrícola bajo nuevas condiciones. La desintegración del orden feudal que bloqueaba nuestro desarrollo no ha sido debidamente aprovechada. Por lo demás, la aplicación de reformas agrarias en la mayor parte de los países del continente, ha contribuido a modificar los regímenes de tenencia y propiedad de la tierra.

En el caso del Perú, por ejemplo, ha desaparecido prácticamente el latifundio. Y con él ha sucumbido el orden feudal imperante en la serranía peruana. Orden que proyectó su fuerza desde la época colonial. Y que no había sido afectado por la independencia política del país. A pesar de que ésta se asoció ideológicamente con la libertad y la democracia.

La quiebra del orden feudal ha tenido consecuencias directas sobre la sociedad y sobre el Estado.

En efecto, la desaparición de los terratenientes ha puesto punto final al orden social establecido desde la época colonial. Arrendires, yanacunas y aparceros han dejado de existir como categorías sociales, cediendo su lugar a una categoría más general, la de los campesinos. Estos son ahorre cooperativistas o miembros de una Sociedad Agrícola de Interés Social (SAIS); también pequeños propietarios.

Pero lo más importante es que al dejar de existir la clase terrateniente, ha desaparecido también el principal factor de poder local en el territorio nacional. Los comerciantes, inclusive los más importantes, no están en condiciones de instaurar un nuevo orden en el campo; apenas si pueden ser un factor de poder en las ciudades. El «gamonal de horca y cuchillo» - aquel que manejaba a las autoridades políticas y judiciales en el campo - no ha sido reemplazado todavía. No hay elementos locales que manejen una fuerza propia. No hay poder territorial local. Los problemas locales, sólo pueden resolverse en un ámbito de poder superior. Y es que al perder autoridad los hacendados, el Estado, por lo demás centralista, ha asumido todas las responsabilidades.

El colapso de la hacienda ha tenido efectos semejantes en otros países de América Latina. El poder local ha sido debilitado y, con él, el orden existente desde hace varias centurias. En todo caso, lo relevante es que las estructuras agrarias han sido corroídas aceleradamente después de la Segunda Guerra Mundial. Y es que el orden económico internacional impuesto por los Estados Unidos, condicionó la evolución de nuestros países. Por su parte, las reformas agrarias, en particular las más radicales como la peruana, han afectado seriamente la situación en el medio rural.

Mientras tanto, en las ciudades se ha desarrollado una industria de sustitución de importaciones que ha comprometido tanto al capital nacional como al capital extranjero. Rápidamente, los industriales han pasado a ser el principal factor de poder nacional; por cierto, en estrecha relación con el capital bancario.

Es pertinente señalar que el desarrollo de la industria contribuyó a destruir viejas formas de producción artesanal, especialmente en los pueblos del interior. Además, cabe remarcar que la producción industrial ha tendido a intercambiarse, en típica relación de desigualdad, por una cada vez mayor producción agrícola tradicional.

El principal problema ha sido que esta industria, al depender de insumos y repuestos provenientes del exterior, ha estado a merced del desarrollo de los ingresos de exportación. Y aunque la evolución fue desigual en los diferentes países de América Latina, en ningún caso estos ingresos fueron suficientes para atender las crecientes necesidades de un aparato industrial semejante.

Cuando el orden económico mundial de posguerra entró en crisis a inicios de los 70, la primera respuesta fue sostener artificialmente las importaciones de los países de América Latina. Luego, los requerimientos de ajuste de los propios países in-

dustriales, determinaron el encarecimiento del dinero y precipitaron la reducción de los ingresos de capitales, como ya lo señalamos líneas arriba. En este contexto, era indudable que sería inmediatamente cuestionada esta modalidad de desarrollo, estallando una crisis general de balanza de pagos. Aunque cualquier modalidad de desarrollo hubiese sido cuestionada, dado que no es posible crecer cuando hay una salida neta de capitales tan significativa. Y cuando las exportaciones no pueden aumentar lo suficiente para financiar esta pérdida de capitales y los requerimientos de la expansión de la producción.

En busca de una salida

Ante semejante situación, la única alternativa inmediata para nuestros países era, y es todavía, la reducción de los pagos por concepto de deuda.

Ciertamente, esta no es una alternativa constructiva. Se trata de una medida de orden defensivo; de una medida orientada a evitar el colapso de nuestra economía. Evidentemente, la tarea central es la definición de un nuevo modelo de desarrollo. Un modelo realmente viable. Un modelo que reduzca nuestra dependencia. Un modelo que se proyecte a nivel continental. Un modelo que nos permita ingresar al siglo XXI en condiciones nuevas.

En todo caso, lo que cuenta hoy es que los gobiernos de América Latina están desarrollando una actitud defensiva en materia de deuda. Las sucesivas declaraciones de los países miembros del Consenso de Cartagena muestran esta preocupación legítima de la región. Además, muchos países han dejado de pagar en la práctica la deuda, sujetándose a continuas refinanciaciones. El Perú, por su parte, ha limitado sus pagos de deuda al 10% del valor de sus exportaciones. Por lo cual ha sido objeto de múltiples presiones por parte de sus acreedores, incluyendo al FMI y a los demás organismos financieros internacionales.

Por otra parte, debemos relevar el hecho de que los acreedores y, en particular, los organismos financieros internacionales, no han planteado alternativas válidas. La única propuesta que existe es la de aplicar políticas de ajuste que reduzcan la demanda y generen un excedente suficiente como para pagar la deuda. Con lo que nuestros países se obligarían a aplicar permanentemente políticas de ajuste. Como se sabe, tales políticas sólo conducen a la reducción del nivel de vida de la población, como lo muestra lo ocurrido en los últimos años.

Hoy está en cuestión el modelo de desarrollo de América Latina. Su peculiar manera de vincularse con la economía mundial.

Sabemos perfectamente que este modelo no es viable. Porque supone un tipo de relación con un mundo industrializado en crisis. Por que si no se modifica en breve plazo, ingresaremos en un callejón sin salida.

Lamentablemente, no podemos esperar que los países industrializados encuentren una salida a la crisis actual. Ni que nos asignen un nuevo papel en el nuevo esquema de desarrollo de la economía mundial.

Nuestras urgencias son mayores que las de ellos; bajo ningún punto de vista pueden esperar. Estamos obligados a buscar la salida nosotros mismos. Estamos obligados a definir los principios generales de un nuevo esquema de desarrollo.

En la forma, las dificultades de hoy difieren mucho de las de ayer; de la misma manera que la estructura social de hoy difiere mucho de la de ayer.

Sin embargo, podemos decir que enfrentamos el mismo obstáculo que ayer: la presencia del imperialismo como factor que orienta, conduce y malforma nuestras economías; presencia que no ha sido debidamente compensada por el desarrollo de un Estado Antimperialista.

Resumiendo conceptos presentados en El Antimperialismo y el APRA, Haya de la Torre se expresa en los siguientes términos en Treinta años de aprismo:

«Nuestra resistencia antimperialista supone como primer paso la unión política y económica de Indoamérica; esta unión nos lleva al desenfudamiento, por la nacionalización progresiva y la organización cooperativista de la producción de la tierra y otras fuentes de riqueza; y a la organización de un nuevo tipo de Estado: el Estado antimperialista...»

Luego precisa: «el Estado propuesto por el APRA debe ser ante todo un Estado de defensa económica que oponga al sistema capitalista que determina al imperialismo, un sistema nuevo, distinto, propio, que tienda a prohibir el antiguo régimen opresor... Lo denominaré genéricamente 'Estado antimperialista', porque él debía organizar 'un nuevo sistema de economía, científicamente planeado'».

Más adelante, advierte que «el nuevo Estado», que no sería uno «de clase», sino el democrático representativo de las tres clases mayoritarias, la campesina la obrera y la media, canalizaría eficiente y coordinadamente el esfuerzo de las tres clases representativas en él y sería «la piedra angular de la unidad indoamericana y de la efectiva emancipación económica de nuestros pueblos»²⁶.

Así, pues, el Estado antimperialista, es la fuerza que permitiría la organización de una nueva economía que, necesariamente, debe proyectarse a nivel continental.

Haya entiende - como lo señalamos ya - que la construcción del Estado antimperialista es un paso fundamental en el proceso de emancipación de América Latina. Pero para él, este proceso sólo puede culminar con la unión. De lo contrario, no podría sostenerse en el tiempo, menos aún hacer frente al imperialismo.

La tarea actual es exactamente la misma que en el pasado, aún cuando debe plantearse en otro contexto. La resistencia al imperialismo significa hoy la resistencia a las políticas que buscan maximizar el pago de la deuda. La resistencia a la aplicación de políticas cuyo resultado sea el incremento de la transferencia de capitales al exterior.

Sin embargo, es imprescindible plantear las cosas en términos constructivos. De la resistencia tenemos que pasar a la organización de una nueva economía. Lo cual nos debe proyectar necesariamente a nivel latinoamericano. Por experiencia sabemos que la resistencia tiene que ser a nivel continental. La resistencia nacional nos ayuda a ganar tiempo; nos permite que otros se sumen a la lucha. Pero no puede otorgarnos la victoria final.

En su tiempo, San Martín y Bolívar comprendieron muy bien que la independencia sólo podía lograrse a nivel continental. La resistencia de los españoles en el Virreinato peruano amenazaba la independencia del resto del continente. Había que liberar al Perú y fue esto lo que se consiguió en la batalla de Ayacucho.

El éxito en la lucha contra el imperialismo supone, ante todo, puntos de vista y acciones comunes en temas cruciales como la deuda. Esta debe ser nuestra primera aspiración y nuestro primer logro.

Empero, resulta fundamental que luchemos también por nuestra unidad, por nuestra aproximación, subregional primero, y continental después.

²⁶«Treinta años de aprismo», op. cit., T. 6, pp. 333-334.

La integración nos otorgaría fortaleza y nos permitiría equilibrar las presiones dislocantes que vienen del imperialismo. También nos abriría la posibilidad de equilibrar las relaciones entre el Norte y el Sur. Pero sobre todo nos permitiría participar activamente en el desarrollo de la economía mundial.

Precisamente, la crisis de la economía mundial ha abierto las puertas a su renovación sobre nuevos ejes. El Tercer Mundo está participando activamente en este proceso. Pero lo está haciendo cada Estado, aisladamente. No grupos de Estados que aspiran a ocupar un espacio propio en el concierto mundial. Simplemente, Estados que quieren ubicarse individualmente en la economía internacional.

América Latina debe aspirar, pues, a encontrar su propia ubicación en el escenario internacional. Esto es lo único que le puede abrir caminos nuevos a nuestro «pueblo continente».

Referencias

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 4. p81 - Lima. 1976; El antimperialismo y el APRA.

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 6. p359 - Treinta años del aprismo.

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 1. p29 - Por la emancipación de América Latina.

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 2. p11 - Política aprista.

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 5. p61-62 - La defensa continental.

*De la Torre, Haya, OBRAS COMPLETAS. 4. p336 -

*García-Cantú, Gastón, LAS INVASIONES NORTEAMERICANAS EN MEXICO. p230 - ¿A dónde va Indomérica?